

■ Columnista - Espacio de Opinión

OBRAS COMPLETAS DE GABRIELA MISTRAL II CUADERNO: EDUCAR CON AMOR Y BELLEZA

Selección por
 Rodrigo Marcone
 Corporación Lati-
 SUR30



SARMIENTO EN ACONCAGUA (II)

La urna de la atmósfera, en que las cosas parecen guardadas para durar, estando más desnudas que en ninguna parte, aproxima la montaña y hace unos juegos prestidigitadores con la distancia; la maravilla está ahí, a una jornada, y se cree tocarle las grecas del lomo y las quiebras del casco crinado. No hay tal; los costurones, las arruguitas que se miran desde abajo, son unas serranías de recorrer en meses y unos valles mayores que el nuestro. La luz acérrima, que le confiesa todos los accidentes y la recorta con una brutalidad gloriosa, nos permite creer a los del valle, que vivimos entre sus pechos y que vivimos siempre a sus pies, o más debajo de ellos, pues al cabo están bien escondidos al igual que los pies de las vírgenes, cuyo manto arrastra.

El aire del valle de Los Andes, siendo muy de altura, muy cortador de la cara y demasiado ligero para el pecho de carne, es ya cosa más humana que la luz: él contiene y balancea los olores de los muchos huertos y el de la vendimia que se cumple en grande del lado de Panquehue; subiendo un poco, él ya tiene los aromas que punzan de hierbas de olor y de espinos, los cuales huelen intenso como en los suelos donde la aridez comienza.

Esta naturaleza de fuerza en la altura y de regaloneo en el valle ha debido volver soportable a Sarmiento su doble destierro: el de la Argentina y el de la vida urbana que era su preferencia. Si al pobre Pocuero de una sola calle y de memoria de tiza, le decimos alguna pesadez porque no se dio cuenta de su hombre ni procuró ayudarlo, tal vez nos conteste que le hizo más sangre en aquellos meses y le dio empuje para que después se peleara con los adulones de Bello o con los inocuos Domingo Godoy, cuando llegara a Santiago. Quienes aseguran saber de Sarmiento en Aconcagua, y saberlo por aquellos que lo vieron, cuentan que parecía un criollo aconcagüino, un decididor de bromas de bulto, nada citadino melindroso, nada pedante, bastante brusco cuando le hostigaban con una opinión cerril: una especie de Facundo al revés, del cual la leche fuerte de la pampa había hecho un buen violento y que no sabía ser bueno sino poniendo alguna arremetida en medio de las acciones benévolas.

No se engañaban en aquello de que parecía aconcagüino de mejor validez que los vistos. Por aquellos tiempos sin Trasandino, en que los arros de ganado eran más frecuentes y penetraban lentamente a Chile, Coquimbo y Aconcagua, con Mendoza y San Juan, vivían una misma costumbre, casi hablaban el mismo canturreo y la estampa rural de gran sombrero, de espuela cruel y de poncho de vicuña, mostraba el mismo énfasis de platas y de buenas lanas.

Yo me he dormido de niña en el valle de Elqui oyendo a huasos y a cuyanos trocar sucedidos fabulosos de la cordillera, mientras circulaba el mate común, y sus caras se me confunden en el recuerdo. La misma color de baya de algarrobo, los ojos acalenturados y burlones, y un cuerpo delgado que las cabalgatas de meses no dejaban engrosar.

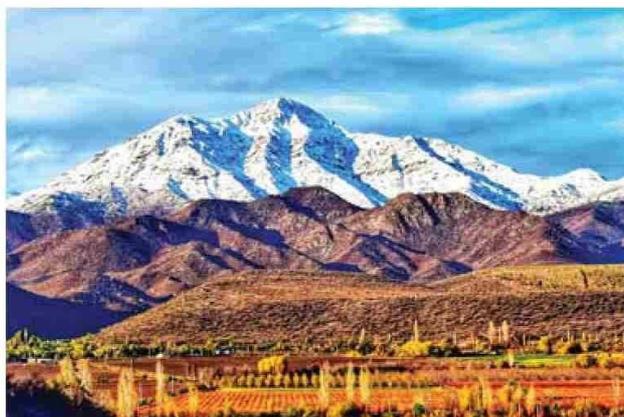
Aquellas provincias eran una lonja criolla muy ceñida y muy donosa en la América, sin ninguna extranjería aún, y Martín Fierro podía hallar una buena guitarra del lado nuestro y escuchadores como los suyos, engolosinados con la tonada que cae y se endereza lo mismo que el lazo.

Las cosas han cambiado bastante y se me ocurre que vamos separándonos a medida que recibimos inmigración, que quien nos ataja el trozo de la costumbre mudándonos en extraños, es el de afuera con todo lo que ha traído consigo. El mendocino ya no tiene de común con el sanfelipeño sino el mirar viñado unánime y cerros centauros: durmiendo en la misma cama de paisaje nos hemos arreglado para parecernos más. El hispanoamericanismo, cosa de nuestra generación, quiere acomodar lo averiado y creamos otro orden cordial; pero para mí que la cosa perdida que es la costumbre igual en los valles de los Andes, esa sí era la cara de la fraternidad.

Pedro Aguirre Cerda, hacendado y profesor, que es dueño de la tierra de Sarmiento en Pocuero, hablaba una vez conmigo sobre esa reliquia americana que no hemos honrado con honra grande ni pequeña: ella no ha merecido ni unas horquetas que la mantengan en pie unos años. Hablamos de fundar allí una escuela granja Sarmiento, excelente en una zona ruralísima, y si no pudiéramos ambos con la empresa, traspasar al gobierno la obligación, bastante imperiosa.

Mi amigo retiene su promesa, y yo creo que su libro reciente, La cuestión agraria, cuya edición él destina a una escuela granja en que ambos guardaríamos la intervención entera, busca juntar buenos dineros con esa finalidad.

Cuentan que Apolonio de Tiana, seudomago o mago de veras, recorría el Mediterráneo buscando lugares que se le antojaban sobrenaturales por algunas facciones extrañas, a fin de esconder en su suelo ciertos talismanes de su construcción. Quería saturar tal o cual sitio de espíritu fuerte, turbar en esos puntos la tierra, que es más pesada que la tortura, por medio de unos dinamos disimulados bajo amuleto. El talismán irradiaba poderes y lograría provocar un profeta oportuno en el lugar, el santo que necesitamos de tarde en tarde, o bien espolonear a los santones y volverlos maestros de cuerpo entero. El pobre Apolonio de Tiana vino caminando desde Egipto a las francesas islas Lericí, parándose en los paisajes que le hacían un siglo de aquiescencia y clavando allí el talismán famoso, no tan encima que el aluvión se lo llevara, ni



tan soterrado que sus rayos no saltaran a la superficie y acogiesen al pasajero bienaventurado.

Nosotros tenemos, por más que nuestra historia cruja todavía de almidón, muchísimos lugares históricos, a lo largo de nuestra América, que pueden servirnos para un menester mágico semejante al de los talismanes excitadores de Apolonio: descansos o peleas de Bolívar, casa mendocina donde conversaron San Martín y O'Higgins, vivienda de Morelos, estaciones de José Martí, y las escuelas Sarmiento desde la primera a la última. Estos lugares de cita formidable con la historia pueden desatarnos la electricidad de la creación, que guardamos a veces en el puño, sin empleo; pueden aplicarnos, de la coronilla a los pies, el fustazo que dieron a San Pablo en el camino de Damasco; pueden remecernos con terremoto salubre de la carne la pesadez de casa de adobe que llevamos todavía, aunque nos creamos tan ágiles y desembarazados.

El disgusto de la miseria escolar, así en la roña didáctica como en la pobreza de la casa escuela; la cólera hacia la dejadez americana, hecha de ignorancia y de sensualidad: el desprecio con escupitajo de los mandones de la provincia que no sabiendo hacer, tampoco dejaron hacer, el hambre furiosa de la biblioteca pública, sufrida en los puebluchos donde la noche es más larga para gozar narración y los sentidos están más limpios para recibir y comprender; el ímpetu elefantino que empujó la cultura de las capitales hacia el desierto verde, todo esto que en bloque se llama "el hombre Sarmiento", no lo conoció él y no lo padeció en la soledad de Aconcagua, delante de un pupitre descascarado y de la modorra de mi gente chilena emparentada con su gente argentina del tiempo?

Texto

Gabriela Mistral. Obra Reunida. Tomo VI Prosa. Ediciones Biblioteca Nacional.